



# A la luz de la Palabra

Diócesis de Caldas / Animación Bíblica de la Pastoral

## Lectio Divina **DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DE LETRÁN**

*Fiesta*

9 de Noviembre del 2025

**EZ.** 47,1-2.8-9.12/ **SAL.** 45.2-3.5-6.8-9/ **1COL.** 3,9c-11.16-17/ **JN.** 2,13-22

### Invocación al Espíritu Santo

Ven, Espíritu Santo, abre mi mente y mi corazón a la Palabra del Padre. Hazme comprender el celo de Jesús por la casa de Dios, para que yo también purifique mi interior de todo lo que impide el encuentro contigo. Enséñame a adorar al Padre en espíritu y en verdad, y a reconocer que Tú habitas en el templo de mi vida. Amén.

### I. LECTIO: ¿Qué dice el texto?

#### Del Evangelio Según San Juan (2, 13-22)

Se acercaba la Pascua de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados. Hizo un látigo de cuerdas y los echó a todos del templo, con las ovejas y los bueyes; tiró las monedas de los cambistas y volcó las mesas, y dijo a los vendedores de palomas: “Quitad esto de aquí; no hagáis de la casa de mi Padre un mercado.” Sus discípulos se acordaron de que estaba escrito: “El celo por tu casa me devora.” Los judíos le preguntaron: “¿Qué signo nos muestras para obrar así?” Jesús les respondió: “Destruyan este templo, y en tres días lo levantaré.” Los judíos replicaron: “Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?” Pero Él hablaba del templo de su cuerpo. Cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron de que lo había dicho, y creyeron en la Escritura y en la palabra que Jesús había pronunciado.

#### Palabra del Señor

#### Preguntas para construir el texto

- ¿Qué encontró Jesús al entrar en el templo?
- ¿Qué hizo Jesús con los vendedores y cambistas?
- ¿Qué palabras pronunció al echarlos fuera?
- ¿Qué signo pidió la gente a Jesús?
- ¿A qué “templo” se refería Jesús realmente?



DIÓCESIS DE CALDAS

El Evangelio de hoy nos sitúa en uno de los gestos más fuertes y desconcertantes de Jesús: la purificación del templo. No se trata de una escena de ira descontrolada, sino de una acción profundamente profética. Jesús entra en el templo, el corazón religioso de Israel, y lo encuentra transformado en un mercado. Allí donde debía resonar la alabanza, domina el ruido del comercio; donde debía reinar la oración, se impone el interés. El templo, casa del Padre, se ha convertido en un lugar donde se trafica con lo sagrado. El gesto de Jesús no es contra el templo, sino en defensa del verdadero sentido del culto. Él no destruye lo santo, sino lo que lo corrompe. Su látigo de cuerdas no nace del enojo, sino del celo ardiente por la gloria de Dios. Es el fuego del amor que no tolera la mediocridad ni la manipulación de lo divino. Jesús nos recuerda que Dios no se vende ni se compra; su gracia no se negocia. El templo no es una empresa, sino un espacio donde el hombre se deja tocar por la presencia del Eterno.

Pero la palabra de Jesús va más allá: “Destruyan este templo y en tres días lo levantaré.” Habla de un nuevo templo, el de su propio cuerpo, donde Dios se encuentra definitivamente con la humanidad. Con su muerte y resurrección, Jesús reemplaza el antiguo santuario de piedra por un templo vivo: Él mismo. Desde entonces, todo encuentro con Dios pasa por Cristo. Él es el verdadero lugar de la presencia divina, el espacio donde el cielo y la tierra se tocan. Y más aún: por el bautismo, nosotros mismos hemos sido hechos templos del Espíritu Santo. Esto da una nueva profundidad al Evangelio. Ya no basta con limpiar los templos de piedra; hay que purificar el templo interior de cada corazón. Muchas veces el ruido que Jesús encontró en Jerusalén se parece al ruido que habita en nosotros: el ruido del ego, del orgullo, de las preocupaciones, de las falsas seguridades. Hemos llenado el santuario de nuestra vida con “mercaderes” que negocian con el amor, con la verdad, con la fe. Por eso hoy Jesús vuelve a entrar en tu corazón. No con látigos, sino con la fuerza suave de su Espíritu. Entra para ordenar lo que está en desorden, para liberar lo que está atado, para restituir lo sagrado que hemos profanado con la indiferencia o la rutina. Él no destruye, sino que reconstruye desde dentro. Purificar no es castigar: es amar hasta el punto de no permitir que nada nos aparte del Padre.

El Evangelio nos invita a dejar que Jesús vuelva a ser el centro: el centro de la fe, de la Iglesia, de nuestras comunidades, de nuestras decisiones. Cuando Él es desplazado, cuando la fe se convierte en costumbre, o la comunidad en estructura vacía, el templo se llena de ruidos extraños. Pero cuando Cristo ocupa el corazón, todo se transforma: la vida recobra su sentido, la oración se vuelve encuentro y el templo interior se llena de paz. Dejemos que el Señor pase por nuestro interior con su mirada ardiente de amor. Que eche fuera todo lo que no le pertenece: resentimientos, hipocresías, vanidades, egoísmos. Que su Espíritu reconstruya en nosotros el templo derrumbado por el pecado y lo levante en tres días con la fuerza de la resurrección. Entonces sí, seremos templos vivos, donde Dios habita y el mundo puede encontrarlo.

---

## II. MEDITACIÓN: ¿Qué me dice el texto?

- ¿Qué cosas han ocupado el “templo” de mi vida que deben ser expulsadas?
- ¿Vivo mi fe como un encuentro con Dios o como una costumbre vacía?
- ¿Permito que Jesús entre y transforme mis espacios interiores?
- ¿Reconozco el cuerpo de Cristo como lugar donde habita la presencia divina?
- ¿Qué significa para mí cuidar el templo del Espíritu que es mi cuerpo y mi comunidad?



### III. ORACIÓN: ¿Qué le digo a Dios orando desde el texto?



*Señor Jesús, entra en mi vida como entraste en el templo de Jerusalén.  
Echa fuera todo lo que no te honra: el egoísmo, la indiferencia, el orgullo.  
Haz de mí una morada limpia y abierta a tu presencia.  
Que en cada gesto, palabra y silencio, mi vida sea un signo de tu amor y  
de tu resurrección.  
Amén.*

---

### IV. CONTEMPLACIÓN: ¿Cómo interiorizo el mensaje?

Imagina a Jesús caminando lentamente por tu corazón como por un templo. Siente su mirada serena y su voz firme. Él no te condena, solo quiere liberar los espacios de tu alma para llenarlos de luz. Permanece unos instantes en silencio, dejando que su presencia purifique y renueve todo tu ser.

---

### V. ACCIÓN: ¿A qué me comprometo?

- **Revisa tu corazón** con sinceridad y deja que Jesús entre a purificarlo. Pídele que te muestre aquello que ensucia tu relación con Él y ten la valentía de dejarlo fuera.
- **Cuida los espacios sagrados** —el templo, la Eucaristía, la oración, el silencio— como lugares de encuentro con Dios, no de costumbre o rutina. Vive cada uno con respeto, gratitud y amor.
- **Sé un testigo de coherencia y pureza interior.** Que tus palabras, gestos y decisiones reflejen a Cristo, de modo que quien te vea pueda reconocer que en ti habita la presencia del Señor.

